

cia á la gruta, á pesar de los cordones de tropa y pelotones de gendarmes que la autoridad civil había escalonado por el camino de las Rocas de Massabielle, como si semejantes reuniones amenazasen degenerar en motín. Los temores, diremos mejor, las esperanzas de esos hombres cortos de vista salieron fallidas: no dejó de reinar todo el día en aquella muchedumbre el orden más perfecto.

XVIII

Maravillosa conclusión de la quincena. -- Resurrección del niño Justino

El último de los quince días, durante los cuales Bernardica *hacia* á la Reina del cielo *la gracia* de ir á la gruta, el día que había de cerrar esa serie de numerosas maravillas, era objeto de universales conjeturas. Aquellos que no habían asistido al espectáculo sobrehumano de Massabielle y los que lo habían ya visto, querían presenciar la escena final. Era jueves, día de mercado en Lourdes. Toda la madrugada, mucho tiempo antes del alba, el camino de la gruta estuvo concurrido; y al rayar el alba esperaban ya más de veinte mil personas, llegando continuamente otras muchas.

Jamás, antes ni después, ni aún quizás en aquellas grandes solemnidades que han llamado poderosamente la atención, ha visto Lourdes igual afluencia.

Alguaciles, gendarmes, soldados de la guarnición todos estaban allí «para prevenir el desorden.»

Un sentimiento común embargaba á aquella inmensa reunión: la idea vaga de un grande espectáculo. Parecía á todos que la quincena de las apariciones no podía terminar sino por un notable acontecimiento. Algunos esperaban un milagro obrado en Bernardica ó cumplido por ella.

Según su costumbre, Bernardica oyó misa antes de partir. En la cumbre de la roca la esperaba un gendarme, que andaba delante de ella con el sable desenvainado para abrir paso. Cerca de la gruta se habían colocado tablas para facilitarle el pasaje. Sin estas precauciones parecía imposible que hubiese atravesado las compactas masas de los espectadores.

Cuando la niña se arrodilló todo el pueblo por un movimiento unánime cayó de rodillas. Un silencio extraordinario reinaba en medio de aquella muchedumbre.

Pronto empezó el éxtasis, tranquilo, luminoso como siempre. La niña fué á beber á la fuente, cumplió la acostumbrada penitencia por los pecadores tocando la tierra con sus rodillas y sus labios. Pero nada nuevo distingue aún esta aparición del 4 de Marzo. Bernardica recibió, como en los días anteriores, la orden de ir á hablar á los sacerdotes y pedirles el santuario y las procesiones. Había rogado á la Aparición que le dijese su nombre; pero la radiante Señora no había contestado á esta pregunta.

Después, por sus reverencias á la Visión, anunció Bernardica que la Virgen había desaparecido; recibió su último adiós, su postrera sonrisa; vió por vez última extinguirse el brillo de su aureola, suspiró... Todo había terminado.

Tomó la niña el brazo de su madre, y se retiró; pero aquel día tuvo una profunda tristeza, la de la separación: ¿volverá á ver aún á la celestial, á la dulcísima Virgen?

La multitud se dispersó lentamente. Todo el día la gruta fué objeto de una animada peregrinación. Á las cuatro de la tarde había aún quinientas ó seiscientas personas que examinaban, que oraban, que bebían en la fuente, y se llevaban de aquel lugar sagrado algún recuerdo.

Mas la Inmaculada Virgen no quería que aquel memorable día terminase sin una manifestación ruidosa de su bondad. Un gran milagro, un milagro *maternal* fué digna coronación de la quincena de los milagros.

Se estaba muriendo un niño de dos años en una pobre casa de Lourdes. Llamábase Justino, y su padre Juan Bouhohorts, era jornalero. Atacado desde su nacimiento de una fiebre lenta, el pobre niño no había podido andar nunca; moríase de consunción, á pesar de todos los esfuerzos de la medicina. Estaba en la agonía; su padre y su madre desesperados rodeaban la cuna, y mirábanlo morir. Una caritativa vecina preparaba ya la pequeña mortaja, y se

esforzaba en sostener el ánimo de la desdichada madre.

Habiase puesto ya vidriosa la vista del niño, y sus miembros estaban rígidos é inertes, y no se percibía ya su respiración.

—Está muerto, decía el padre.

—Si no es muerto, decía la vecina, va á morir. Id á llorar más lejos; yo lo envolveré al momento con este paño.

Pero la madre no lloraba. Habíase apoderado de ella una esperanza.

—No ha muerto, exclama, y la Virgen Santísima de la gruta me lo curará.

—El dolor la vuelve loca, dice tristemente el padre.

En cuanto á ella, toma el cuerpo ya inmóvil de su hijo, lo envuelve en su delantal, y á pesar de los esfuerzos de su marido y de la amiga, se marcha corriendo como una loca, rogando en alta voz. «Acudo á la Virgen,» dijo al salir.

Eran cerca de las cinco, y conforme hemos dicho, algunos centenares de personas se encontraban aún al rededor de la gruta y de la fuente. La pobre madre se arrodilló delante de la gruta, oró con todo su corazón; luego, arrastrándose de rodillas hasta el receptáculo, toma el cuerpo desnudo de su hijo muerto ó moribundo, y lo sumerge todo en el agua milagrosa. Hacía un frío extremado, y el agua estaba helada.

Resonaron á su alrededor un grito de espanto y murmullos de indignación. «Esa mujer está loca,

exclamaban por todas partes; va á matar á su hijo.» Quieren impedirlo, y ella permanece inmóvil teniendo á su hijo sumergido en el agua. «¡Dejadme, dejadme! responde con voz enérgica y suplicante á un tiempo. Quiero hacer cuanto de mí dependa; Dios y la Santísima Virgen harán lo demás.» El tierno niño estaba lívido, no se movía ni daba señal alguna de vida. «El niño está muerto, decían: dejémosla hacer, es una pobre madre traspasada de dolor.» Por espacio de un cuarto de hora la pretendida loca tuvo á su hijo en aquella agua glacial que lo habría muerto en menos de cinco minutos aunque hubiese gozado de perfecta salud. Nada pudieron con ella los gritos, las súplicas, ni las amenazas. El cuerpo del niño estaba helado, sin movimiento. Sin embargo, llepa de fe su madre, lo sacó del agua, lo envolvió en su delantal y se lo llevó á su casa, sin cesar de rogar á la Virgen.

«Tú ves bien que está muerto, decía el padre.

—No, respondía ella, no está muerto. La Virgen Santísima nos lo devolverá,» y puso el niño en la cuna. Un instante después se inclina hacia él: «Respira,» exclama. Precipitase el padre; su hijo, en efecto, respiraba. Tenía los ojos cerrados, pero no era aquello la muerte, ni era la agonía; sino un placentero, un profundo sueño. La Virgen decía entonces desde el cielo á esa madre cristiana lo que Jesús decía en otro tiempo á la humilde y fiel cananea: «Anda en paz; tu fe te ha salvado.»

Durante la noche continuó la respiración, fuerte y regular, bajo las escudriñadoras miradas de la madre, que por cierto no dormía. A la mañana siguiente Justino se despertó; su tez estaba fresca y viva, aunque la flaqueza no había desaparecido aún. Sus ojos llenos de vida sonreían á su dichosa madre. Pide de mamar, y se sacia abundantemente. No había podido andar nunca, y sin embargo quiere saltar de la cuna; pero su madre, atónita, no pudiendo creer en una curación tan completa y tan repentina, no se atrevía á ponerlo en el suelo. Así se pasó el día, mamando el niño con avidez y con frecuencia, como si quisiese recobrar el tiempo perdido. La noche se pasó perfectamente.

El día siguiente, 6 de Marzo, por la mañana, el padre y la madre salieron temprano para ir al trabajo. El pequeñuelo dormía tranquilamente en su cuna. Cuando entró su madre al cabo de algunas horas, estuvo á punto de desmayarse al ver á su hijito, hasta entonces paralizado, moribundo, por no decir muerto la antevíspera, que se había levantado solo, que andaba, corría, iba de mueble en mueble, alegre y lleno de vigor. Vióse obligada, para no caer, á apoyarse en la puerta. ¡Oh! ¡qué grito de amor y reconocimiento debió escaparse entonces de aquel maternal corazón y subir hasta el corazón de la Virgen Madre.

El tierno Justino fué á echarse gozoso en brazos de su madre, que le abrazó sollozando. «Anteayer

estaba ya curado, pues que quería levantarse y andar, y con una impía falta de fe se lo impedi.» Y cuando entró su marido le dijo: «Tú ves bien que no está muerto; la Virgen santa le ha salvado.»

La buena vecina que la antevíspera había preparado la mortaja de Justino no podía dar crédito á sus ojos. Le miraba y volvía á mirarle, creyendo soñar. «¡Es él, él en verdad! exclamaba. ¡Pobre Justino!» Arrodilláronse todos, y la madre juntó las manecitas de su hijo, á fin de que diese también gracias á la Madre de Dios.

Actualmente Justino es un muchacho de trece años, alto y robusto, sin que desde su curación haya recaído. «Es un buen mozo, me decía en el mes de Abril de 1870 el venerable Párroco de Lourdes; es un buen muchacho, algo atolondrado, pero de buen corazón y que ama mucho á la Virgen.»

Este milagro produjo en Lourdes y toda su comarca un efecto prodigioso. Tres médicos de fama certificaron su realidad. En su concepto tres circunstancias calificaban esta curación de milagro propiamente dicho, milagro de primer orden: primeramente la duración de la inmersión del niño moribundo en el agua helada; después su efecto inmediato y que no tiene relación alguna con las reacciones causadas por las lociones ordinarias de agua fría; y por último la facultad de andar manifestada desde que el niño hubo salido de la cuna.

«La madre, decía la relación de uno de los médi-

cos, ha tenido á su hijo durante más de un cuarto de hora en el agua de la fuente; y por consiguiente ha buscado la curación de su hijo en procedimientos absolutamente condenados por la experiencia y por la razón médica, habiéndola sin embargo obtenido inmediatamente. La curación del niño ha tenido lugar sin convalecencia y de una manera sobrenatural.»

Así es como la Santísima Virgen quiso coronar «su quincena.» Desde entonces quedó establecida la peregrinación, y un manantial de gracias, salido del Corazón de María más bien que de las grietas de la roca, manó fecundo y consolador para no agotarse jamás.

XIX

Ridículos esfuerzos de la policía para "ahogar el fanatismo y la superstición"

La policía y la administración rivalizaron en celo contra la obra de Dios, contra la Virgen Santísima y contra la nueva peregrinación que tantos prodigios acababan de inaugurar.

A la milagrosa curación de Luis Bourriette, á la más conmovedora aún del niño Justino, venían á unirse cada día, por decirlo así, un número considerable de otras curaciones repentinas y evidentemente so-